COMISIÓN EPISCOPAL DE VOCACIONES Y MINISTERIOS

Dimensión Episcopal del Diaconado Permanente

Jornada de Oración del Diaconado Permanente

CEVyM

1 al 10 de agosto de 2020

Dimensión Episcopal Diaconado Permanente

PRESENTACIÓN

El Equipo Nacional de la Dimensión Episcopal del Diaconado Permanente unida a la Comisión Episcopal de Vocaciones y Ministerios, ha querido seguir con fidelidad la invitación que hiciera el Papa Francisco para realizar jornadas de oración por los sacerdotes y ministros de la Iglesia.

Atendiendo a esta invitación y reconociendo la presencia tan importante que tiene el Diaconado Permanente en muchas Diócesis de la Iglesia Mexicana, pero al mismo tiempo con el deseo que el Señor siga suscitando en medio de la comunidades parroquiales, vocaciones al ministerio diaconal, queremos invitarles a participar de esta Jornada de Oración del Diaconado Permanente.

Además de la intención de pedir por los Diáconos Permanentes ya ordenados, es también pedir por aquellos que han sentido la inquietud y que muchas veces por falta de discernimiento, de apoyo o incluso de decisión se resisten a responder al Señor. Así mismo, deseamos que esta jornada de oración permee en la vida de las familias de los diáconos permanentes a fin de que junto con ellos renueven la respuesta que un día dieran al Señor y renueven el compromiso de servicio que han venido realizando en favor de toda la Iglesia.

Deseamos fervientemente que esta jornada, en la medida de lo posible, se realice también en medio de las comunidades parroquiales, en donde muchos de los diáconos ejercen su ministerio, a fin de que éstas, además de comprender la riqueza del ministerio diaconal, se esfuercen por cultivarlo y cuidarlo.

Lamentablemente esta jornada se realiza en medio del confinamiento que vivimos a causa de la pandemia que vive la humanidad, y también afecta nuestro México, llevándonos a quedarnos en casa. Pese a esta situación les invitamos a unirnos bajo un mismo espíritu de fe y un solo corazón gracias a los medios virtuales y redes sociales.

Dicha jornada se llevará a cabo del 1 al 10 de agosto de 2020, misma que se trasmitirá por medio de la página de Facebook: *Dimensión Episcopal del Diaconado Permanente en México*. Tendremos diversos momentos de oración por la mañana y por la tarde Celebración eucarística y hora santa o exposición de algún tema referente al diaconado. Ponemos en sus manos este subsidio que esta compuesto de 5 catequesis, acompañadas de un esquema de oración que en la medida de lo posible, se realice a modo de hora santa, delante de Jesús Sacramentado.

Deseamos que esta jornada propicie la cercanía y la comunión entre la comunidad cristiana y entre todos los diáconos permanentes, especialmente genere cercanía con aquellos que se sienten solos, acompañarlos y animarlos en todas las situaciones que van viviendo en su familia, en su trabajo y en su ministerio, Recordaremos también a aquellos que desafortunadamente en los últimos tiempos, han perdido la vida.

Con afecto fraterno

Mons. Luís Felipe Gallardo Martin del Campo SDB
Responsable de la Dimensión Episcopal del Diaconado Permanente

Pbro. Martín Montalvo Gutiérrez
Secretario Ejecutivo

Catequesis 1

GRACIAS SEÑOR POR LA VIDA

La vida es un don maravilloso. Para quienes profesamos la fe, sabemos que es un don de Dios. Don que nos ha regalado no por merito alguno, si no sobre todo por su bondad. Es por ello que para el creyente la vida no sólo es un devenir de causalidad, sino es un cúmulo de experiencias, en donde Dios interviene.

La intervención divina ha estado siempre presente, desde que hemos sido hechos a imagen y semejanza de Él, cuando Dios nos ha infundido el alma, cuando ha permitido ser concebidos en el vientre de una madre que con amor y cariño nos ha acogido, cuando hemos nacido y desarrollado en el seno de una familia, cuando nos damos cuanta de que somos parte de una familia extensa, llamada humanidad.

Pero también reconocemos que Dios ha intervenido cuando bajo la fe, nos llama a ser sus hijos por medio de la gracia sacramental del Bautismo, donde ha infundido en nosotros su gracia y por tanto nos ha comunicado su misma vida Divina. El hombre esta llamado a la vida y cuando ésta se conjugan con la gracia Divina, es extraordinario descubrir que esta llamado a la plenitud.

Ciertamente que la vida, no es sólo un devenir de sucesos, tanto fisiológicos, como históricos. La vida es una conjugación de elementos y experiencias que enriquecen la vida. Referente a los elementos, nos referimos más en orden biológico-psico-afectivo, es decir, ¡que hermoso cuando respiramos, dormimos, comemos, nos ejercitamos!; pero más grato sentimos cuando esos elementos generan en nosotros una satisfacción, nos permiten sentirnos vivos.

Pero no sólo es la vida, pues decíamos que también es una conjugación de experiencias, las cuales ciertamente brotan del encuentro con los otros y por tanto generan una satisfacción mayor y dejan una huella en nuestra vida. Podríamos pensar en cuando comemos, pero no lo hacemos solos, si no rodeados de la familia o de las personas que son significativas para nosotros. Todos los días respiramos pero, ¡qué sensación se produce en nosotros cuando lo hacemos a la orilla del mar o en contacto con la naturaleza!. Esto nos lleva a darnos cuenta que la vida no es algo estático, no es algo privativo. La vida es dinámica. En esa dinámica, la vida crece, se fortalece, se enriquece, se comunica y se dona. Así es como hacemos que las experiencias, se vuelvan para nosotros en algo significativo y enriquecedor, en resumen es lo que nos hace ser plenos.

Estas realidades de la vida no son ajenas para Dios, si bien Él mismo nos ha dotado de esas capacidades, dones, talentos y cualidades, también es cierto que en la medida en que las orientamos hacia Él y hacia el bien de nuestros semejantes, se vuelven mucho más plenas y por tanto van haciendo de nosotros hombres plenos.

En la Sagrada Escritura, son muchas las referencias que se hacen respecto a la vida, como aliento Divino, como Gracia, como sendero. Al mismo tiempo se pone énfasis de como se ha de cuidar la vida propia y la del hermano, de cómo se nutre, se enriquece y se logran largos años. Pero también de cómo debe estar orientada, de como debe ser conducida por Dios y sobre todo debe identificarse con Él. Incluso se hace una distinción entre la visión sobre la vida que tiene el impío y el hombre de fe.

Jesús el hijo de Dios hizo un aseveración fuerte al respecto: *"Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará. Pues ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? O ¿qué puede dar el hombre a cambio de su vida? «Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta."* (Mt 16, 25 -27)

Teniendo presente tal sentencia, podríamos preguntarnos: ¿qué la vida es para nosotros?, ¿es una oportunidad de glorificar a Dios?, ¿cómo y en qué gastamos la vida? ¿Nuestros pasos, nuestras experiencias, lo que hacemos y compartimos está orientado a la Gloria de Dios y al bien de nuestros hermanos?

Si no ha sido así, dejemos que al Apóstol San Pablo, nos exhorte: *"Lo que importa es que vosotros llevéis una vida digna del Evangelio de Cristo, para que tanto si voy a veros como si estoy ausente, oiga de vosotros que os mantenéis firmes en un mismo espíritu y lucháis acordes por la fe del Evangelio"* (Fil 1, 27),

Por ello en medio de las muchas experiencias de la vida, acerquémonos a la fe, para agradecer, para pedir, para clamar y bendecir. Que cada momento e instante de nuestra vida sea una oportunidad para vivirla plenamente, pero sobre todo para llenarnos de la presencia de Dios, y que con nuestra presencia dejemos una huella en la historia pero sobre todo en la vida de los demás.

Que nuestra vida y nuestra fe se unan, para que demos frutos de vida eterna y al final de nuestros días podamos decir como el mismo San Pablo: *"para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia."* (Fil 1, 21)

Hora Santa por la Vida

La vida, don inestimable de Dios

P – Presidente
A – Asamblea
L – Lector

Rito Inicial

En este momento se canta un canto de alabanza y se expone el santísimo

P – En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
A – Amén.

P – La gracia y la paz de Dios, que nos ha dado la vida en plenitud por la muerte y resurrección de su hijo Jesucristo, esté con todos ustedes.
A – Y con tu espíritu.

Palabras introductorias

P – Queridos hermanos y hermanas en Cristo: Reunidos para celebrar la jornada de oración por los diáconos permanentes, quiero invitarles a que agradezcamos juntos a Dios por la vida que nos ha concedido. La vida es un don maravilloso que el Señor nos ha concedido, haciéndonos a imagen y semejanza suya. Pidamos para que sepamos agradecer y custodiar dignamente este don.

Invitación al arrepentimiento

P – Cuando no entendemos lo que es la vida, no la valoramos. Muchas veces creemos que la vida es algo pasajero y efímero. Caminamos entre sombras de muerte, cuando nos apartamos del proyecto de Dios. Pidamos perdón al Señor por nuestras faltas contra el don de la vida.

Silencio

P - Oremos: Dios y Padre nuestro, principio de vida y santidad, Tú nos has dado la vida, nos has creado maravillosamente y nos has bendecido al darnos capacidades extraordinarias. Ayúdanos con tu gracia, para que podamos valorar la vida propia y de la de todos los que están a nuestro alrededor. No dejes que la cultura de la muerte aniquile nuestras ilusiones de ser plenamente para ti. Por el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor.
A – Amén.

Liturgia de la Palabra

✝ Del Evangelio según San Juan

3, 1 - 18

En aquel tiempo, había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado judío. Fue éste donde Jesús de noche y le dijo: «*Rabbí*, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar las señales que tú realizas si Dios no está con él.» Jesús le respondió: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios.» Le dijo Nicodemo: «¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?» Respondió Jesús: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. No te asombres de que te haya dicho: Tenéis que nacer de lo alto.

El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu.» Respondió Nicodemo: «¿Cómo puede ser eso?» Jesús le respondió: «Tú eres maestro en Israel y ¿no sabes estas cosas? «En verdad, en verdad te digo: nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero vosotros no aceptáis nuestro testimonio. Si al deciros cosas de la tierra, no creéis, ¿cómo vais a creer si os digo cosas del cielo?

Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre. Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea tenga por él vida eterna. Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.
Palabra del Señor.

Terminadas las lecturas, se hace una breve reflexión

El hombre está llamado a una plenitud de vida que va más allá de las dimensiones de su existencia terrena, ya que consiste en la participación de la vida misma de Dios. Lo sublime de esta vocación sobrenatural manifiesta la grandeza y el valor de la vida humana incluso en su fase temporal. En efecto, la vida en el tiempo es condición básica, momento inicial y parte integrante de todo el proceso unitario de la vida humana. Un proceso que, inesperada e inmerecidamente,

es iluminado por la promesa y renovado por el don de la vida divina, que alcanzará su plena realización en la eternidad (cf. 1 Jn 3, 1-2). Al mismo tiempo, esta llamada sobrenatural subraya precisamente el carácter relativo de la vida terrena del hombre y de la mujer. En verdad, esa no es realidad « última », sino « penúltima »; es realidad sagrada, que se nos confía para que la custodiemos con sentido de responsabilidad y la llevemos a perfección en el amor y en el don de nosotros mismos a Dios y a los hermanos.

La Iglesia sabe que este Evangelio de la vida, recibido de su Señor, tiene un eco profundo y persuasivo en el corazón de cada persona, creyente e incluso no creyente, porque, superando infinitamente sus expectativas, se ajusta a ella de modo sorprendente. Todo hombre abierto sinceramente a la verdad y al bien, aun entre dificultades e incertidumbres, con la luz de la razón y no sin el influjo secreto de la gracia, puede llegar a descubrir en la ley natural escrita en su corazón (cf. Rm 2, 14-15) el valor sagrado de la vida humana desde su inicio hasta su término, y afirmar el derecho de cada ser humano a ver respetado totalmente este bien primario suyo. En el reconocimiento de este derecho se fundamenta la convivencia humana y la misma comunidad política.

Los creyentes en Cristo deben, de modo particular, defender y promover este derecho, conscientes de la maravillosa verdad recordada por el Concilio Vaticano II: « El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre ». En efecto, en este acontecimiento salvífico se revela a la humanidad no sólo el amor infinito de Dios que « tanto amó al mundo que dio a su Hijo único » (Jn 3, 16), sino también el valor incomparable de cada persona humana.

La Iglesia, escrutando asiduamente el misterio de la Redención, descubre con renovado asombro este valor y se siente llamada a anunciar a los hombres de todos los tiempos este « evangelio », fuente de esperanza inquebrantable y de verdadera alegría para cada época de la historia. El Evangelio del amor de Dios al hombre, el Evangelio de la dignidad de la persona y el Evangelio de la vida son un único e indivisible Evangelio.

Por ello el hombre, el hombre viviente, constituye el camino primero y fundamental de la Iglesia.
Evangelium Vitæ, núm. 2

Oraciones de intercesión

P- Reunidos en la alegría de la vida, agradecidos con Dios por darnos este don, elevemos al Señor nuestra plegaria y pidamos que acreciente nuestra conciencia y nos permita valorarla con dignidad.

Oremos diciendo: **Bendice Señor, nuestras vida**.

- Por la santa Iglesia, para que siempre promueva el sentido de la vida, de tal forma que se descubra su valor desde su inicio hasta su fin . *Oremos*.

- Por todos los cristianos; para que agradezcamos la vida que hemos recibido y tomemos conciencia de que somos imagen viva del amor de Dios. *Oremos*.
- Por las familias, para que sepan custodiar la vida, acompañándola, ayudándole a crecer y desarrollarse en plenitud.. *Oremos*.
- Por la humanidad, para que comprendamos que la vida es don de Dios. Que evitemos que la cultura de la muerte crezca. *Oremos*.
- Por los gobernantes; para que busquen defender la vida de cada persona, especialmente la de los más indefensos, vulnerables y pobres. *Oremos*.
- Por todos los hombres, para que descubramos que Dios es el principio y fin de nuestra existencia y caminemos siempre por sus sendas. *Oremos*.
- Por todos los familiares, amigos, conocidos y bienhechores que se nos han adelantado en el camino, para que gocen de la presencia del Señor en la vida eterna. *Oremos*.

P – Dios de vida y majestad, que no quieres la muerte sino la vida de todos tus hijos, concédenos a los que hemos comprendido el valor de la vida, saber agradecerte siempre con nuestros actos y ser auténticos promotores de la vida. Por Jesucristo Nuestro Señor.

Oración del Señor

P – Llenos de alegría por la vida que hemos recibido de Dios, digamos la oración que Jesús nos enseñó: Padrenuestro…

Bendición y envío

P – Dios y Padre Nuestro, Tú nos has dado la vida, sostienes y fortaleces. Hoy hemos venido a tu presencia para agradecerte la vida que nos has concedido. Te pedimos por todos aquellos que no han descubierto el sentido de la misma. Concédenos como iglesia, ser verdaderos promotores de este don maravilloso y custodios de tu amor . A ti que vives y reinas, por los siglos de los siglos.

Catequesis 2

DIOS ME HA LLAMADO

Dios me ha llamado a la vida, pero también me llama a amarle y servirle en cada uno de mis hermanos. En la vida de la fe y por ende de la Iglesia, muchas veces hablamos de vocación. Vocación al matrimonio, a la soltería, a la vida consagrada, al sacerdocio, al diaconado. Pero pocas veces entendemos lo que significa una vocación.

Si bien es cierto, la palabra vocación, quiere decir: llamado; cuando esto lo unimos con Dios, reconocemos que es Él quien nos llama, nos invita, nos propone. No somos nosotros los de decidimos, somos los que respondemos.

En el tema de la vocación, muchas veces llegamos a pensar que somos nosotros los que tenemos vocación, como si esta dependiera sólo de nuestro esfuerzo, pero olvidamos que Dios es quien suscita en nosotros el deseo de servirle y para ello nos propone diversos caminos. Es cierto que también queda en la elección del hombre, descubrir cual es el camino con el que más se identifica, pues al final esta la libertad y nuestro deseo de responderle.

La santidad es nuestra primera vocación o llamado primario, es decir, es un llamado a la vida en plenitud y a la comunión estrecha con Dios. Éste es un llamado fundamental, pues es el que ha de marcar la dinámica de nuestra vida y de nuestro ser, es decir, ha de ser la razón de nuestra existencia, hacer lo que hacemos para la Gloria de Dios. Por eso cuando el hombre ejercita sus capacidades, las acrecienta y desarrolla, poniéndolas al servicio del propio bien y de los demás. Mas cuando dicho ejercicio se hace en comunión con Dios, no sólo nos lleva a vivir una vida de fe, si no que vamos por el camino a la santidad. Recordemos que el santo no es el que se mantiene inmóvil, al contrario, es él que todos los días con su vida y actos, alaba y bendice a Dios y por consecuencia contribuye a la construcción de su Reino.

El hombre, llamado a la santidad, cuando responde a Dios con su vida y se deja guiar por su voluntad, es capaz de poner en juego todo lo que es, respondiendo con generosidad a la tarea que se le encomienda o responde con generosidad a la vocación a la que ha sido llamado. Decíamos que es Dios es quién suscita en el hombre el deseo de seguirle y cuánto mejor cuando se hace a través de un camino específico, sea en el matrimonio, en la vida consagrada,

en la profesión misma. Si en esos caminos se tiene siempre presente que es Dios quien nos ha llamado, siempre se buscará realizar la tarea con presteza, con disposición, pero sobre todo bajo la acción de su Espíritu. De lo contrario, correríamos el riesgo de hacer las cosas movidos por nuestro propio interés, bajo la reacción de nuestras propias fuerzas o motivaciones. Nos olvidaríamos de glorificar a Dios y de servir a los demás.

Por ello, siempre es necesario recordar que toda vocación procede de Dios, Él es quien llama y al mismo tiempo capacita. San Pablo, quien entendió muy bien el sentido del misterio vocacional dice: "*Os exhorto, pues, yo, preso por el Señor, a que viváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo Cuerpo y un solo Espíritu, como una es la esperanza a que habéis sido llamados.[…] El mismo «dio» a unos el ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelizadores; a otros, pastores y maestros, para el recto ordenamiento de los santos en orden a las funciones del ministerio, para edificación del Cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo. Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva y zarandeados por cualquier viento de doctrina, a merced de la malicia humana y de la astucia que conduce engañosamente al error, antes bien, siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el Cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas que llevan la nutrición según la actividad propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor." (Ef 4, 1 – 4. 11 – 16)*.

Por ello, reconozcamos desde Cristo que hemos sido llamados por Dios, a ser partícipes de su misión redentora. El Señor nos llama a ser santos y a participar del ministerio diaconal. No son nuestros méritos, es el amor de Dios que se ha fijado en nosotros y nos ha dado su Gracia para ejercer dignamente la tarea encomendada.

A la luz de esto, valdría hacer un análisis en nuestra vida: ¿Reconozco que es el Señor el que me ha llamado a la santidad, al camino del diaconado? ¿Vivo la vocación con gratitud, como un don o pienso en que es mérito mío? ¿Cultivo el amor a la vocación recibida? ¿Ejerzo este llamado con dignidad, con presteza y solicitud de servicio hacia los demás?

Agradecer la vocación no sólo será decirle a Dios; ¡gracias!, sino será ejercer nuestra misión con toda la dignidad, entrega, sacrificio que requiere toda vocación.

Jesús dijo a sus apóstoles: *"Id proclamando que el Reino de los Cielos está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios. Gratis lo recibisteis; dadlo gratis." (Mt, 10, 7 – 8).* A ellos que lo han seguido de cerca, ahora les dice explícitamente que tienen que hacer y decir lo mismo que Él ha hecho y lo mismo que Él ha dicho: proclamar la cercanía del Reino de los cielos y manifestar con sus obras que ya se hace presente. Ese es el sentido de toda vocación.

Hora Santa por la vocación

La vocación, llamada divina.

P – Presidente
A – Asamblea
L – Lector

Rito Inicial
En este momento se canta un canto de alabanza y se expone el santísimo

P – En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
A – Amén.

P – La gracia y la paz de Dios, que nos llama, nos elige y nos envía a dar testimonio, esté con todos ustedes.
A – Y con tu espíritu.

Palabras introductorias

P – Queridos hermanos y hermanas en Cristo: Reunidos para celebrar la jornada de oración por los diáconos permanentes, quiero invitarles a que agradezcamos y reconozcamos que es el Señor quien nos ha llamado a participar de sus misterios santos, al darnos la vida, a ser miembros de la gran familia humana y sobre todo ministros de su Iglesia. Pidamos para que sepamos responder con generosidad al ministerio recibido.

Invitación al arrepentimiento

P – Dios nos elige, nos llama y nos envía a cumplir su misión redentora en el mundo. Sin embargo muchas veces no queremos oír su voz, no queremos dejarnos guiar por Él o somos infieles al llamado de Dios. Pidamos perdón y la gracia necesaria para responder a la vocación.

Silencio

P - Oremos: Dios y Padre nuestro, principio de vida y santidad, Tú nos has dado la vida, nos has creado maravillosamente y nos has bendecido al darnos capacidades extraordinarias. Ayúdanos con tu gracia, para que podamos valorar la vida propia y de la de todos los que están a nuestro alrededor. No dejes que la cultura de la muerte aniquile nuestras ilusiones de ser plenamente para ti. Por el mismo Cristo, tu Hijo, nuestro Señor.
A – Amén.

Liturgia de la Palabra

+ Del Evangelio según San Mateo

28, 18 - 22

"Jesús se acercó a ellos y les habló así: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.»"

Palabra del Señor.

Terminadas las lecturas, se hace una breve reflexión

1. Las vocaciones al servicio de la Iglesia–misión. Jesús Resucitado confió a los Apóstoles el mensaje: «Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19), garantizándoles: «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). La Iglesia es misionera en su conjunto y en cada uno de sus miembros. Si por los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación cada cristiano está llamado a dar testimonio y a anunciar el Evangelio, la dimensión misionera está especial e íntimamente unida a la vocación sacerdotal. En la alianza con Israel, Dios confió a hombres escogidos, llamados por Él y enviados al pueblo en su nombre, la misión profética y sacerdotal. Así lo hizo, por ejemplo, con Moisés: «Ve, pues, –le dijo el Señor– yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo… cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, me daréis culto en este monte» (Ex 3, 10.12). Y lo mismo hizo con los profetas.

2. Las promesas hechas a los padres se realizaron plenamente en Jesucristo. A este respecto, el Concilio Vaticano II dice: «Vino, pues, el Hijo, enviado por el Padre, que nos eligió en Él antes de la creación del mundo, y nos predestinó a ser sus hijos adoptivos... Cristo, por tanto, para hacer la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio, y nos redimió con su obediencia» (Const. dogm. Lumen gentium, 3). Y Jesús escogió como estrechos colaboradores suyos en el ministerio mesiánico a unos discípulos, ya en su vida pública, durante la predicación en Galilea. Por ejemplo, cuando en la multiplicación de los panes, dijo a los Apóstoles: «Dadles vosotros de comer» (Mt 14, 16), impulsándolos así a hacerse cargo de las necesidades del gentío, al que quería ofrecer pan que lo saciara, pero también revelar el pan «que perdura, dando vida eterna» (Jn 6, 27). Al ver a la gente, sintió compasión de ellos, porque mientras recorría pueblos y ciudades, los encontraba cansados y abatidos «como ovejas que no tienen pastor» (cf. Mt 9, 36). De aquella mirada de amor brotaba la invitación a los discípulos:

«Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 38), y envió a los Doce «a la ovejas perdidas de Israel», con instrucciones precisas. Si nos detenemos a meditar el pasaje del Evangelio de Mateo denominado

«discurso misionero», descubrimos todos los aspectos que caracterizan la actividad misionera de una comunidad cristiana que quiera permanecer fiel al ejemplo y a las enseñanzas de Jesús. Corresponder a la llamada del Señor comporta afrontar con prudencia y sencillez cualquier peligro e incluso persecuciones, ya que «un discípulo no es más que su maestro, ni un esclavo más que su amo» (Mt 10, 24). Al hacerse una sola cosa con el Maestro, los discípulos ya no están solos para anunciar el Reino de los cielos, sino que el mismo Jesús es quien actúa en ellos: «El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado» (Mt 10, 40). Y además, como verdaderos testigos, «revestidos de la fuerza que viene de lo alto» (cf. Lc 24, 49), predican «la conversión y el perdón de los pecados» (Lc 24, 47) a todo el mundo.

3. Precisamente porque el Señor los envía, los Doce son llamados «apóstoles», destinados a recorrer los caminos del mundo anunciando el Evangelio como testigos de la muerte y resurrección de Cristo. San Pablo escribe a los cristianos de Corinto: «Nosotros –es decir, los Apóstoles– predicamos a Cristo crucificado» (1 Co 1, 23). En ese proceso de evangelización, el libro de los Hechos de los Apóstoles atribuye un papel muy importante también a otros discípulos, cuya vocación misionera brota de circunstancias providenciales, incluso dolorosas, como el ser expulsados de la propia tierra por ser seguidores de Jesús (cf. 8, 1-4). El Espíritu Santo permite que esta prueba se transforme en ocasión de gracia, y se convierta en oportunidad para que el nombre del Señor sea anunciado a otras gentes y se ensanche así el círculo de la comunidad cristiana. Se trata de hombres y mujeres que, como escribe Lucas en el libro de los Hechos, «han dedicado su vida a la causa de nuestro Señor Jesucristo» (15, 26). El primero de todos, llamado por el mismo Señor a ser un verdadero Apóstol, es sin duda alguna Pablo de Tarso. La historia de Pablo, el mayor misionero de todos los tiempos, lleva a descubrir, bajo muchos puntos de vista, el vínculo que existe entre vocación y misión. Acusado por sus adversarios de no estar autorizado para el apostolado, recurre repetidas veces precisamente a la vocación recibida directamente del Señor (cf. Rm 1, 1; Ga 1, 11-12.15-17). *Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, 2008*

Oraciones de intercesión

P – Llenos de gozo y alegría por sentirnos llamados a la gran misión de anunciar la Buena nueva a cada persona, dirijamos al Padre nuestra oración confiada.

Oremos diciendo: **Danos Señor, muchas vocaciones.**

- Por la Iglesia universal para que cada vez el Señor siga atrayendo muchos hombres y mujeres dispuestos al riesgo, a la santidad de vida, a compartir la misión en fraternidad, dispuestos a servir y amar sin límites. *Oremos*.
- Por todos los que han sido llamados para que tomen conciencia de sus compromisos y descubran la vocación de servicio a la que Dios los ha pedido. *Oremos*.
- Por quienes dudan de su vocación o están desanimados en el seguimiento de Jesucristo, para que no desfallezcan y Dios les conceda la gracia de perseverar hasta el fin. *Oremos*.
- Por las familias cristianas para que cumpliendo su misión como iglesia doméstica fomenten y sostengan la vocación de sus miembros. *Oremos*.
- Por los matrimonios cristianos que reciben el llamado a la diaconía, para que el Señor estreche su relación y avive en ellos el deseo de donación y generosidad. *Oremos*.

P – Dios Nuestro, que no dejas de suscitar en los hombres y mujeres de nuestro tiempo, llamados a la santidad y a vivir bajo vocaciones específicas, concede la luz de tu Espíritu, para que sepan discernir y responder con generosidad y a los que ya lo hemos hecho, permítenos serte fieles. Por Jesucristo Nuestro Señor.

Oración del Señor

P – Llenos de alegría por la vida que hemos recibido de Dios, digamos la oración que Jesús nos enseñó: Padrenuestro…

Bendición y envío

P – Dios y Padre Nuestro, Tú nos has dado la vida, nos sostienes y nos fortaleces. Hoy hemos venido a tu presencia para agradecerte la vida que nos has concedido. Te pedimos por todos aquellos que no han descubierto el sentido de la misma. Concédenos como Iglesia, ser verdaderos promotores de este don maravilloso y custodios de tu amor . A ti que vives y reinas, por los siglos de los siglos.

Catequesis 3

LA FAMILIA

La familia, en la sociedad es la célula vital. Para la Iglesia es un tesoro preciado, pues es imagen de la esencia divina y principio de vida nueva.

La familia en sentido humano, podemos entenderla como el lugar donde nace, crece y se desarrolla la persona. Es el lugar propicio para aprender los valores y la práctica de éstos, que constituyen la base para el desarrollo armónico de la sociedad.

Cuando la familia, se integra bajo el signo de la fe, se convierte en fuente de bendición tanto para los que la conforman, como para todas aquellos que le rodean. Pues la familia, cimentada en el matrimonio cristiano, por la alianza nupcial y bendición divina, se constituye en imagen del amor divino y principio de comunión humana. Así mismo es fermento de la sociedad, a fin de que ésta llegue a ser una civilización de amor.

La familia que nace en la comunión de dos personas, que se identifican en la relación y en el proyecto divino, van cultivando una relación armónica, en donde sin perder la propia identidad, suman la totalidad de su ser, de tal forma que son el uno para el otro. Desde el sentido de la fe se hacen imitadores de la presencia Trinitaria, un Dios en tres personas distintas, unidas en el amor.

La persona, se nutre de los sentimientos más excelsos en la familia, es ahí donde comienza a desarrollar sus capacidades, donde comienza a ejercitar su sentido de vida, constituye su personalidad, misma que se proyecta en la relación con los semejantes, generan los vínculos de fidelidad, amor, ayuda, respeto y servicio, mismos que en la medida que los ejercita, se vuelve donación, espíritu de servicio, nace y desarrolla su vida de fe.

Estos principios, además de constituir a la persona como un ser especial y de hacerlo participe de una comunidad de amor, le ayuda a forjar su identidad con la Iglesia como cuerpo místico de Cristo. La familia que es Iglesia doméstica infunde en el creyente un deseo profundo de amar y servir a Dios en los demás, proyectando así lo que es, pero al mismo tiempo compartiendo las maravillas que Dios ha hecho en él. Es en ésta Iglesia doméstica donde comienza

a vivir el espíritu de servicio, que más tarde abrirá a la gran comunidad llamada Iglesia Católica y de ahí a toda la humanidad. Un servicio que estará siempre en disposición de cuidar y atender las necesidades de los demás, especialmente de los pequeños y de los más desfavorecidos. Así brotará el sentido perfecto de la caridad, la cual no se quedará en un mero asistencialismo, sino que buscará el bien de la persona, brindándose en un sentido de perfecta donación.

Tristemente tenemos que reconocer y considerar que hoy la familia se ve atacada, sufre fracturas, rupturas y pierde sentido y fuerza en su ser esencial. Con frecuencia vemos como la palabra familia que en principio designa una relación de unidad, de armonía, de amor y de originalidad, se adjudica a cualquier relación arbitraria, que va más allá de las personas y se proyecta en una relación incluso con los animales. Aunado a ello, la relación entre dos personas que se unen sólo bajo un espíritu de aventura a veces frenética, ha hecho que la estructura se vuelva cada vez más endeble. Esto no sólo va en contra del plan de Dios, sino que vemos con frecuencia como va mermando e incluso lastimando la realidad social.

Si bien la carencia de una personalidad sana, puede constituir el principio de fracaso en la relación de familia, también se vuelve un riesgo, pues muchas veces ésta se proyecta en actitudes poco cordiales y fraternas, y en algunos casos desencadena en lo que hoy se llama violencia familiar.

¿Cómo se podrían revertir éstas situaciones que hoy agobian a la familia? Valdría reconsiderar la riqueza que hay en cada familia, las consideraciones que de manera natural también desde el plan divino tiene, porque en ellas encuentra la razón de ser. Cuando cada uno de nosotros valoramos ser parte de una familia o tenemos una, es cuando luchamos por hacer que ésta institución humana y a la vez divina, sea principio de humanidad nueva, fermento de la presencia de Dios y garantía de los valores humanos y cristianos más excelsos.

En toda vocación y de manera más especial, en el ministerio de la diaconía, la familia constituye un aspecto relevante, cuando aquel que ha respondido que ha sido llamado, guarda una relación valiosa tanto con la familia en la que ha florecido, como en la que él mismo ha constituido. La relación de pareja, entre los hijos y su modo de vida, son para la sociedad un testimonio, el cuál es mucho más valioso cuando viven juntos el sentido de la fe, el sentido de donación y el espíritu de servicio del cual el mismo diácono es garante de un modo de vida en Dios. Al mismo tiempo que es para su familia, padre, maestro, compañía, vive, comparte,

es sensible a sus necesidades, de la misma manera buscará ejercer su ministerio acompañando a la gran familia de los hijos de Dios de la cual también es parte importante, tanto por su vida de fe, como por el ministerio conferido.

Bajo estas realidades, y como diáconos permanentes podríamos preguntarnos: ¿cómo vivo mi relación familiar?, ¿valoro a mi familia de origen, padres, hermanos, sobrinos, así como

a la familia que he constituido?, ¿en el seno de mi hogar vivo los valores humanos y cristianos?, ¿sé dar el lugar y el respeto que merece cada persona, desde el más pequeño hasta el más necesitado?, ¿soy modelo de caridad, entrega y donación?, ¿todo esto lo ejerzo y lo proyecto en mi vida ministerial?.

Hora Santa por la Familia

La familia, principio de humanidad nueva

P – Presidente
A – Asamblea
L – Lector

Rito Inicial

En este momento se canta un canto de alabanza y se expone el santísimo

P – En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
A – Amén.

P – La gracia y la paz de Dios, que nos ha hecho hijos suyos por medio de la acción salvífica de su Hijo Jesucristo, esté con todos ustedes.
A – Y con tu espíritu.

Palabras introductorias

P – Queridos hermanos y hermanas en Cristo: Reunidos para celebrar la jornada de oración por los diáconos permanentes, quiero invitarles en este momento y de manera especial, pidamos por sus familias. La familia constituye un tesoro invaluable en la vida de la humanidad, de la persona y de la sociedad. Oremos para que cada una de las familias y especialmente las nuestras sean fermento de una nueva humanidad.

Invitación al arrepentimiento

P – Muchas veces hemos roto los lazos familiares con Dios y con nuestros hermanos. Hemos sido principio de división y fractura en nuestras familias. No hemos sido capaces de valorar la riqueza que hay en cada una de ellas. Por estas cosas y muchas más que hay en el corazón, pidamos perdón.

Silencio

P - Oremos: Dios y Padre nuestro, principio de vida y santidad, tú nos has llamado a ser tu familia, cuando por la gracia bautismal nos has constituido en hijos tuyos y tu proyecto nos diste la tarea de fecundar la tierra y hacerla germinar, mira a cada uno de nosotros que somos tu familia

y ayúdanos para que nuestras familias no exista división alguna, ayúdanos a fomentar la paz, la concordia, el amor y la ayuda mutua, para que bajo un espíritu de donación, sepamos brindarnos a los demás como tú te nos comunicas. Por el mismo Cristo, tu hijo, nuestro Señor. A – Amén.

Liturgia de la Palabra

+ Del Evangelio según de Lucas

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por las fiestas de Pascua. Cuando Jesús cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Estos, creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo. Y sucedió que, a los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados.» Él les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?» Pero ellos no comprendieron lo que les dijo. Él bajó con ellos y fue Nazaret y estaba sujeto a ellos. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura, y en gracia ante Dios y ante los hombres.
Palabra del Señor.

Terminadas las lecturas, se hace una breve reflexión

Nos dice el Papa Francisco:

La familia es, más que ningún otro, el lugar en el que, viviendo juntos la cotidianidad, se experimentan los límites propios y ajenos, los pequeños y grandes problemas de la convivencia, del ponerse de acuerdo. No existe la familia perfecta, pero no hay que tener miedo a la imperfección, a la fragilidad, ni siquiera a los conflictos; hay que aprender a afrontarlos de manera constructiva.

Por eso, la familia en la que, con los propios límites y pecados, todos se quieren, se convierte en una escuela de perdón. El perdón es una dinámica de comunicación:

una comunicación que se desgasta, se rompe y que, mediante el arrepentimiento expresado y acogido, se puede reanudar y acrecentar. Un niño que aprende en la familia a escuchar a los demás, a hablar de modo respetuoso, expresando su propio punto de vista sin negar el de los demás, será un constructor de diálogo y reconciliación en la sociedad. Además, en un mundo donde tan a menudo se maldice, se habla mal, se siembra cizaña, se contamina nuestro ambiente humano con las habladurías, la familia puede ser una escuela de comunicación como bendición. Y esto también allí donde parece que prevalece inevitablemente el odio y la violencia, cuando las familias están separadas entre ellas por muros de piedra o por los muros no menos impenetrables del prejuicio y del resentimiento, cuando parece que hay buenas razones para decir «ahora basta»; es el único modo para romper la espiral del mal, para testimoniar que el bien es siempre posible, para educar a los hijos en la fraternidad, es en realidad bendecir en lugar de maldecir, visitar en vez de rechazar, acoger en lugar de combatir. *Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, 23.01.2015*

Oraciones de intercesión

P- Reunidos con la familia de Nazaret, modelo e imagen de la humanidad nueva, elevemos al Padre nuestra oración para que todas las familias sean lugar de crecimiento en sabiduría y gracia.

Oremos diciendo: **Bendice Señor, nuestras familias**.

- Por la Iglesia santa, la familia de los hijos de Dios; para que sepa acoger a todos, y sus hijos vivan siempre unidos en el amor. *Oremos*.
- Por todos los hogares cristianos; para que sean verdaderas Iglesias domésticas, e imágenes vivas de la Sagrada Familia de Nazaret. *Oremos*.
- Por los padres; para que sepan ser los primeros evangelizadores de sus hijos, y sepan amarlos y educarlos para que, como Jesús, puedan siempre crecer en gracia y santidad. *Oremos*.
- Por los novios; para que, preparándose seriamente durante el noviazgo, sean capaces de realizar su vida familiar según el proyecto de Dios, como una vocación al amor y a la santidad familiar. *Oremos*.
- Por los gobernantes; para que procuren con tenacidad la solución de los graves problemas —educación, vivienda, empleo, salarios, compatibilidad de trabajo y vida familiar— que afectan a las familias. *Oremos*.

- Por la sociedad y quienes la componen; para que promuevan y defiendan los verdaderos valores de la familia, y reconozcan la preciosa contribución de la familia a su futuro y estabilidad. *Oremos*.
- Por las familias desunidas, por las familias que sufren: para que reciban ayuda y consuelo, fruto de la caridad cristiana. *Oremos*.
- Por nuestras familias; para que sean el semillero natural de todas las llamadas divinas, especialmente de las vocaciones. *Oremos*.

P – Jesús, María y José, en vosotros contemplamos el esplendor del verdadero amor, a vosotros, confiados, nos dirigimos. Santa Familia de Nazaret, haz también de nuestras familias lugar de comunión y cenáculo de oración, auténticas escuelas del Evangelio y pequeñas Iglesias domésticas.

Santa Familia de Nazaret, que nunca más haya en las familias episodios de violencia, de cerrazón y división; que quien haya sido herido o escandalizado sea pronto consolado y curado. Por Jesucristo Nuestro Señor.

Oración del Señor

P – Llenos de alegría por ser hijos de Dios, digamos confiadamente la oración que Jesús nos enseñó: Padrenuestro…

Bendición y envío

P – Dios y Padre Nuestro, que en la Sagrada Familia de Nazareth nos dejaste el mayor testimonio de riqueza de lo que ha de ser una familia que acoge tu proyecto salvador, mira a cada una de nuestras familias. Concédenos saber ser prestos a tu voluntad, de tal manera que siguiendo tus enseñanzas, no sólo sepamos ser comunidad de amor, sino verdadero testimonio de tu presencia entre los hombres. A ti que vives y reinas, por los siglos de los siglos.

Catequesis 4

EL SERVICIO

El servicio, es la capacidad de brindarnos a los demás. Éste brota de la convicción de lo que podemos ser para los demás. Va perfectamente unido a la gratitud, es decir, dado que reconocemos lo que ya Dios ha hecho en nosotros, buscamos compartirlo con lo demás, darles algo de lo mucho que hemos recibido.

A veces pensamos el servicio como una obligación, es algo que hacer como mérito para alcanzar algo. Para el cristiano, el servicio es el modo más excelso de expresar el amor.

Hoy en nuestros días, lamentablemente el servicio muchas veces se rige bajo criterios meramente humanos impregnados de un sentido mercantilista o comercial, donde muchas veces el servicio se brinda en la medida que se obtiene una ganancia o donde se busca sólo la satisfacción del cliente. A esta visión, se le añade un sentido de competitividad que busca ganar clientes o adeptos para mí, sin importar las estrategias de atención.

En la vida, así como en la misión de la Iglesia, solemos actuar bajo criterios mundanos, pues nuestras acciones difícilmente están orientadas a buscar el bien del otro y muy remotamente a buscar la gloria de Dios. Caemos con tristeza en afanes de competitividad, ganando adeptos o fans, clientes que expresen que somos buenos, que somos los mejores. Si lo proyectamos en la vida de hogar, esto nos lleva a ver luchas de poder entre papá y mamá o entre hermanos, donde todos queremos parecer buenos. En la vida de fe, nos volvemos 'caritativos' para que los demás vean que somos 'desprendidos', aunque detrás esté la injusticia para con los demás. En la Iglesia, no estamos lejos de ésta realidad cuando pensamos que entre mayor rango jerárquico tengamos, más poder tenemos y mejores podemos ser, a ello añadimos que muchas de las veces buscamos apropiarnos a las ovejas, orientándolas a nuestros criterios y desviándolas de la verdad o del encuentro con Dios.

Es cierto que los ministerios en la vida de la Iglesia, además de dejarnos arrastrar por dichos equívocos, pocas veces dejamos que sea el Espíritu Divino el que nos conduzca, lo cual nos lleva a hacer más obras humanas, que las obras de Aquel que nos ha llamado, no por nuestros méritos, sino por su voluntad y por su amor.

El verdadero servidor siempre tendrá como referente a Cristo, quien ha sido constituido como el Siervo de los siervos, quién con sus palabras y sobre todo con sus obras no sólo muestra la relación intrínseca con el Padre, si no que hace su voluntad, pero al mismo tiempo es testigo del amor del Padre para con todos y de manera especial para con los pequeños, los enfermos, los pobres y los desvalidos. El mismo Jesús siente compasión de los hombres, por que andaban como ovejas sin pastor (Cfr. Mt 9, 36). Reconoce sus necesidades, cura sus heridas y los reconcilia con el Padre. Estas acciones son un gesto de amor, que brota indudablemente de la relación de comunión con el Padre, que quiere que todos los hombre se salven y tengan vida, y al mismo tiempo son expresión de que él mismo vive el amor.

El servidor que reconoce el llamado de Dios, que reconoce que no son sus méritos, sino la gracia de Dios y que al mismo tiempo se identifica con Cristo servidor, siempre buscará actuar bajo los valores del evangelio, buscando no sólo dar esperanzas de vida a sus hermanos que sufren, sino que los conducirá a Aquel que es la fuente de la Gracia. Indudablemente ese será el camino correcto para evitar criterios que lejos de permitirnos la construcción del Reino y el cumplimiento de la misión de la Iglesia, generan lucha y división, tensión que nos limita a dar lo mejor de nosotros.

Si bien, estas realidades no son sólo resultado de una creciente mundanización en nuestros tiempos, son realidades que se han presentado en la Iglesia desde sus orígenes cuando incluso en la Iglesia naciente se polarizaban las adherencias, “yo soy de Apolo, o de Pablo, yo de Cristo” (1Co. 1, 12), es el mismo apóstol San Pablo quien regresa a la identidad, todos somos de Cristo.

Siendo la diaconía la mejor expresión de Cristo servidor, vale la pena pensar en cómo hoy los diáconos ejercen su ministerio, bajo una identidad con Cristo que nos amó y se entregó por nosotros, pero además siempre en un vínculo de comunión con la comunidad cristiana, pues por medio de ellas han sido elegidos y enviados a atender las tareas en favor de los más necesitados.

Ejerzamos la misión y tarea que nos han sido encomendadas bajo el testimonio de muchos santos diáconos que anhelando la santidad, buscaron ofrendar su vida al servicio de los demás. Hagámoslo con generosidad, con gratitud y plena confianza de que el Señor siempre nos asistirá.

Hora Santa por el Servicio

Servidores, según tu corazón

P – Presidente
A – Asamblea
L – Lector

Rito Inicial

En este momento se canta un canto de alabanza y se expone el santísimo

P – En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
A – Amén.

P – La gracia y la paz de Dios, que nos ha llamado a ser sus testigos en el mundo, esté con todos ustedes.
A – Y con tu espíritu.

Palabras introductorias

P – Queridos hermanos y hermanas en Cristo: Reunidos para celebrar la jornada de oración por los diáconos permanentes, quiero invitarles a que reconociendo la vocación al ministerio diaconal, agradezcamos a Dios el ministerio que nos ha conferido y pidamos que nos ilumine para que lo ejerzamos siempre con plena fidelidad y en comunión con la Iglesia.

Invitación al arrepentimiento

P – Nuestra fragilidad humana, nuestra relación con el mundo, nuestros criterios, muchas veces nos llevan buscar sólo nuestro bien, nos olvidamos que hemos sido llamados y la tarea que nos ha sido encomendada. Pidamos perdón a Dios de nuestras infidelidades y pidámosle que purifique nuestra intención de servirle en cada uno de los hombres.

Silencio

P - Oremos: Dios y Padre nuestro, que en tu bondad llamas al hombre a participar del misterio de tu redención y de manera especial eliges a algunos para que desde una misión específica sean testimonio de tu amor por los hombres, concede a quienes hemos recibido el ministerio de la diaconía tener siempre por referente a tu Hijo, que no vino a ser servido, sino a servir. Por el mismo Cristo, tu hijo, nuestro Señor. A – Amén.

Liturgia de la Palabra

✝ Del Evangelio según San Mateo

Mt. 20, 25 – 28

"Mas Jesús los llamó y dijo: «Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos.»"
Palabra del Señor.

Terminadas las lecturas, se hace una breve reflexión

La caridad como tarea de la Iglesia

El amor al prójimo enraizado en el amor a Dios es ante todo una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial, y esto en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad. También la Iglesia en cuanto comunidad ha de poner en práctica el amor. En consecuencia, el amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado. La Iglesia ha sido consciente de que ésta tarea ha tenido una importancia constitutiva para ella desde sus comienzos: « Los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común; vendían sus posesiones y bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno » (Hch 2, 44-45). Lucas nos relata esto relacionándolo con una especie de definición de la Iglesia, entre cuyos elementos constitutivos enumera la adhesión a la « enseñanza de los Apóstoles », a la « comunión » (koinonia), a la « fracción del pan » y a la « oración » (cf. Hch 2, 42). La « comunión » (koinonia), mencionada inicialmente sin especificar, se concreta después en los versículos antes citados: consiste precisamente en que los creyentes tienen todo en común y en que, entre ellos, ya no hay diferencia entre ricos y pobres (cf. también Hch 4, 32-37). A decir verdad, a medida que la Iglesia se extendía, resultaba imposible mantener esta forma radical de comunión material. Pero el núcleo central ha permanecido: en la comunidad de los creyentes no debe haber una forma de pobreza en la que se niegue a alguien los bienes necesarios para una vida decorosa.

Un paso decisivo en la difícil búsqueda de soluciones para realizar este principio eclesial fundamental se puede ver en la elección de los siete varones, que fue el principio del ministerio diaconal (cf. Hch 6, 5-6). En efecto, en la Iglesia de los primeros momentos, se había producido una disparidad en el suministro cotidiano a las viudas entre la parte de lengua hebrea y la de lengua griega. Los Apóstoles, a los que estaba encomendado sobre todo « la oración » (Eucaristía y Liturgia) y el « servicio de la Palabra », se sintieron excesivamente cargados con el « servicio de la mesa »; decidieron, pues, reservar para sí su oficio principal y crear para el otro, también necesario en la Iglesia, un grupo de siete personas. Pero este grupo tampoco debía limitarse a un servicio meramente técnico de distribución: debían ser hombres « llenos de Espíritu y de sabiduría » (cf. Hch 6, 1-6). Lo cual significa que el servicio social que desempeñaban era absolutamente concreto, pero sin duda también espiritual al mismo tiempo; por tanto, era un verdadero oficio espiritual el suyo, que realizaba un cometido esencial de la Iglesia, precisamente el del amor bien ordenado al prójimo. Con la formación de este grupo de los Siete, la « diaconía » —el servicio del amor al prójimo ejercido comunitariamente y de modo orgánico— quedaba ya instaurada en la estructura fundamental de la Iglesia misma.

Con el paso de los años y la difusión progresiva de la Iglesia, el ejercicio de la caridad se confirmó como uno de sus ámbitos esenciales, junto con la administración de los Sacramentos y el anuncio de la Palabra: practicar el amor hacia las viudas y los huérfanos, los presos, los enfermos y los necesitados de todo tipo, pertenece a su esencia tanto como el servicio de los Sacramentos y el anuncio del Evangelio. La Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra. Para demostrarlo, basten algunas referencias. El mártir Justino († ca. 155), en el contexto de la celebración dominical de los cristianos, describe también su actividad caritativa, unida con la Eucaristía misma. Los que poseen, según sus posibilidades y cada uno cuanto quiere, entregan sus ofrendas al Obispo; éste, con lo recibido, sustenta a los huérfanos, a las viudas y a los que se encuentran en necesidad por enfermedad u otros motivos, así como también a los presos y forasteros.[12] El gran escritor cristiano Tertuliano († después de 220), cuenta cómo la solicitud de los cristianos por los necesitados de cualquier tipo suscitaba el asombro de los paganos.[13] Y cuando Ignacio de Antioquía († ca. 117) llamaba a la Iglesia de Roma como la que « preside en la caridad (agapé) »,[14] se puede pensar que con esta definición quería expresar de algún modo también la actividad caritativa concreta.

En este contexto, puede ser útil una referencia a las primitivas estructuras jurídicas del servicio de la caridad en la Iglesia. Hacia la mitad del siglo IV, se va formando en Egipto la llamada « diaconía »; es la estructura que en cada monasterio tenía la responsabilidad sobre el conjunto

de las actividades asistenciales, el servicio de la caridad precisamente. A partir de esto, se desarrolla en Egipto hasta el siglo VI una corporación con plena capacidad jurídica, a la que las autoridades civiles confían incluso una cantidad de grano para su distribución pública. No sólo cada monasterio, sino también cada diócesis llegó a tener su diaconía, una institución que se desarrolla sucesivamente, tanto en Oriente como en Occidente. El Papa Gregorio Magno († 604) habla de la diaconía de Nápoles; por lo que se refiere a Roma, las diaconías están documentadas a partir del siglo VII y VIII; pero, naturalmente, ya antes, desde los comienzos, la actividad asistencial a los pobres y necesitados, según los principios de la vida cristiana expuestos en los Hechos de los Apóstoles, era parte esencial en la Iglesia de Roma. Esta función se manifiesta vigorosamente en la figura del diácono Lorenzo († 258). La descripción dramática de su martirio fue conocida ya por san Ambrosio († 397) y, en lo esencial, nos muestra seguramente la auténtica figura de este Santo. A él, como responsable de la asistencia a los pobres de Roma, tras ser apresados sus compañeros y el Papa, se le concedió un cierto tiempo para recoger los tesoros de la Iglesia y entregarlos a las autoridades. Lorenzo distribuyó el dinero disponible a los pobres y luego presentó a éstos a las autoridades como el verdadero tesoro de la Iglesia.[15] Cualquiera que sea la fiabilidad histórica de tales detalles, Lorenzo ha quedado en la memoria de la Iglesia como un gran exponente de la caridad eclesial.

Una alusión a la figura del emperador Juliano el Apóstata († 363) puede ilustrar una vez más lo esencial que era para la Iglesia de los primeros siglos la caridad ejercida y organizada. A los seis años, Juliano asistió al asesinato de su padre, de su hermano y de otros parientes a manos de los guardias del palacio imperial; él imputó esta brutalidad —con razón o sin ella— al emperador Constancio, que se tenía por un gran cristiano. Por eso, para él la fe cristiana quedó desacreditada definitivamente. Una vez emperador, decidió restaurar el paganismo, la antigua religión romana, pero también reformarlo, de manera que fuera realmente la fuerza impulsora del imperio. En esta perspectiva, se inspiró ampliamente en el cristianismo. Estableció una jerarquía de metropolitas y sacerdotes. Los sacerdotes debían promover el amor a Dios y al prójimo. Escribía en una de sus cartas [16] que el único aspecto que le impresionaba del cristianismo era la actividad caritativa de la Iglesia. Así pues, un punto determinante para su nuevo paganismo fue dotar a la nueva religión de un sistema paralelo al de la caridad de la Iglesia. Los « Galileos » —así los llamaba— habían logrado con ello su popularidad. Se les debía emular y superar. De este modo, el emperador confirmaba, pues, cómo la caridad era una característica determinante de la comunidad cristiana, de la Iglesia.

Oraciones de intercesión

P- Agradecidos con Dios, que concede a los diáconos ser imagen de Cristo servidor, oremos para todos entendamos que la caridad es el verdadero sentido de nuestra vida.

Oremos diciendo: **Danos Señor, la gracia de serte fieles**.

- Por la Iglesia santa, por sus ministros, para que sean fieles al ministerio recibido y siempre trabajen en comunión por el bien de las ovejas. *Oremos*.
- Por las comunidades cristianas, por sus pastores y diáconos, que éstos sean para ellas puente y camino hacia Dios. *Oremos*.
- Por las familias cristianas, para que desde ellas se fomente el espíritu de servicio generoso y gratuito hacia la humanidad. *Oremos*.
- Para que todos los cristianos tengamos un espíritu de servicio. Que mirando las necesidades de los menos favorecidos, estemos siempre dispuestos a donarnos a ellos. *Oremos*.
- Para que Cristo, el Siervo de los siervos, nos ayude a hacer siempre la voluntad del padre y que todas nuestras acciones sean siempre bajo el criterio del evangelio. *Oremos*.
- Por los gobernantes, para que nunca olviden que han sido llamados a servir a los hombres y evitando buscar sus intereses personales actúen siempre con justicia y buscando el bien. *Oremos*.

P – Concédenos Dios todopoderoso un verdadero espíritu de servicio. Haz que todas nuestras acciones tiendan de ti como su principio y vayan a ti como su fin, de tal manera que por medio de ellas demos testimonio del amor inmenso que tienes por todos los hombres. Por Jesucristo Nuestro Señor.

Oración del Señor

P – Llenos de alegría por ser hijos de Dios, digamos confiadamente la oración que Jesús nos enseñó: Padrenuestro…

Bendición y envío

P – Tú Señor, nos has constituido en tus siervos. Tú nos has llamado a la participar de la misión redentora y evangelizadora. Abre nuestros ojos para que conozcamos las necesidades de los hermanos, inspíranos las palabras y el gesto oportuno para ayudar a los más desfavorecidos. Danos un espíritu dispuesto a servirte en cada uno de nuestros hermanos. A ti que vives y reinas, por los siglos de los siglos.

Catequesis 5

LA IGLESIA

La Iglesia, como cuerpo místico de Cristo, está conformada por hombres y mujeres de buena voluntad, que bajo el signo de la fe y la gracia sacramental, son entre ellos y para el mundo signo vivo y permanente de la presencia de Dios entre los hombres. Cuando los cristianos, unidos y conformados con Cristo su Señor, que ha obrado la redención para los hombres, se preocupan por reproducir en sí mismos su acción salvadora, son testigos y a la vez partícipes de los dolores y sufrimientos que aquejan a la humanidad.

Al dejarse interpelar por las situaciones que hoy padecen los hombres en su cuerpo y en su alma, pero sobre todo al dejar que broten en ellos los mismos sentimientos de Cristo, quién se compadecía de todos los que sufrían, buscarán ser portadores del amor, la misericordia y la compasión de Dios para los hombres. Así la Iglesia, además de una comunidad de bautizados, es comunidad que acoge, anima y acompaña la vida, especialmente de los más desfavorecidos.

Las formas en las cuales la Iglesia como comunidad fraterna se hace presente son diversas. Desde la vida de oración que le lleva a pedir e interceder por las necesidades de los demás, hasta el gesto pronto y oportuno que se expresa en la acción socio-caritativa, brinda la ayuda necesaria y solidaria en favor de quiénes padecen hambre o carencias. Entre éstas formas, no puede olvidar ante todo su tarea evangelizadora, la cual no debe reducirse sólo al ámbito doctrinal, si no que desde un verdadero proceso catequético-evangelizador, ha de buscar que la Buena Nueva de Salvación toque el corazón y la conciencia de los hombres, a fin de que éstos conociendo la verdad y experimentando el amor de Dios, generen adhesión al plan salvador de Dios y sean parte de la Iglesia.

Por ello, las acciones evangelizadoras de la Iglesia, deben siempre mirar por la promoción humana, buscando siempre el bien de los hombres, propiciando la reconciliación, la búsqueda de la libertad, el respeto a los derechos humanos y la vivencia de la justicia, de tal forma que desde la misma comunidad cristiana se testimonie que es posible una nueva humanidad.

Los ministros de la Iglesia, que participan del orden jerárquico, en virtud del llamado que han recibido, de la respuesta que han dado y de la gracia conferida, son quienes con mayor fuerza,

han de animar, orientar, propiciar acciones pastorales que por una parte contemplen actitudes acogedoras en aquellos que necesitan descubrir la presencia de Dios, pero al mismo tiempo fortalezcan la comunión entre todos los miembros de la comunidad y de manera especial entre los agentes de pastoral. Es indudable que para lograr dicha propiciación, primeramente deben entre ellos avivar la riqueza de la propia vocación y ministerio recibido, así como la comunión e identificación en una misma misión.

Así como en el misterio trinitario, existe una comunión de personas, con diferencia de funciones, el Padre como creador, el Hijo como redentor y el Espíritu Santo como santificador; cada uno de los ministros tiene una función propia, la cual no puede ejercer a título personal, sino en comunión con Cristo Cabeza y con el resto de la Iglesia.

En esta realidad, el ministerio diaconal, esta llamado a ser imagen de Cristo Servidor. El diácono permanente, por sus vínculos con la Iglesia, con la familia y el mundo, puede ser propiciador de armonía entre las diversas realidades, pero al mismo tiempo es testigo insigne de cómo un cristiano de fe madura, es capaz de vivir la donación y la entrega generosa de amor por los demás. Así cuando ejerce la diaconía bajo un espíritu verdadero de servicio, no buscará su interés, sino buscara el bien de los demás. Ésta particularidad que tiene el diácono permanente, hará que muchos hombres y mujeres comprendan que la vida ordinaria, jamás estará peleada con la vida de fe, al contrario, cuando pone todo en juego por amor al Reino de los cielos, va haciendo ver que la santidad es posible.

Dios nunca deja de asistir a su Iglesia, la riega, la enriquece y le ayuda a dar frutos. Dios siempre vela por todos sus hijos, los acompaña y asiste. Todo ello lo hace para que el hombre sea pleno. La Iglesia como administradora de la Gracia Divina, ha de procurar el bien de todos. Asumamos el reto de ser Iglesia, Pueblo de Dios, que camina en el mundo dando testimonio de su presencia y de su amor.

Hora Santa por la Iglesia y sus ministros

Iglesia, comunidad de amor

P – Presidente
A – Asamblea
L – Lector

Rito Inicial

En este momento se canta un canto de alabanza y se expone el santísimo

P – En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
A – Amén.

P – La gracia y la paz de Dios, que edifica a su Iglesia como cuerpo místico del Señor, esté con todos ustedes.
A – Y con tu espíritu.

Palabras introductorias

P – Queridos hermanos y hermanas en Cristo: Reunidos para celebrar la jornada de oración por los diáconos permanentes, pidamos por la Iglesia, la gran familia de Dios, para que siga asistiéndola scon su amor paternal y propicie siempre los caminos para hacer presente su Reino.

Invitación al arrepentimiento

P – Nuestra pertenencia a la Iglesia, pocas veces entendida, se ve fracturada, herida y lastimada, de tal manera que no sólo nos apartamos del amor de Cristo y de los hermanos. Pidamos perdón al Señor por todas las veces en que no hemos cuidado de la Iglesia y nos hemos apartado de su amor.

Silencio

P - Oremos: Dios y Padre nuestro, que ha hecho que Cristo sea la piedra angular, por quién todo el edificio se va levantando, has que unidos a Él como el sarmiento a la vid, jamás nos apartemos de él y de la Iglesia, antes bien fomentemos lazos de fraternidad y de amor mutuo. Por el mismo Cristo, tu hijo, nuestro Señor. A – Amén.

Liturgia de la Palabra

✝ Del Evangelio según San Mateo

Mt. 16, 13 – 20

En aquel tiempo, llegado Jesús a la región de Cesaréa de Filipo, hizo esta pregunta a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?» Ellos dijeron: «Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías, otros, que Jeremías o uno de los profetas».

Él les dijo: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?» Simón Pedro contestó: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Replicando Jesús le dijo: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos». Entonces mandó a sus discípulos que no dijesen a nadie que Él era el Cristo.

Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que Él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día. Tomándole aparte Pedro, se puso a reprenderle diciendo: «¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!»

Pero Él, volviéndose, dijo a Pedro: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!

Palabra del Señor.

Terminadas las lecturas, se hace una breve reflexión

Sí a la Iglesia

1. Estamos adentrándonos en el ciclo de catequesis dedicadas a la Iglesia. Ya hemos explicado que la profesión de esta verdad en el Símbolo presenta un carácter específico, en cuanto la Iglesia no es sólo objeto de la fe sino también sujeto: nosotros mismos somos la Iglesia en la que confesamos creer; creemos en la Iglesia y somos al mismo tiempo Iglesia creyente y orante. Somos la Iglesia en su aspecto visible, la Iglesia que manifiesta su propia fe en su misma realidad divina y humana: dos dimensiones tan inseparables entre sí que, si faltara una, se anularía toda la realidad de la Iglesia, tal como la quiso y fundó Cristo.

Esta realidad divino-humana de la Iglesia está unida orgánicamente a la realidad divino-humana de Cristo mismo. La Iglesia es, en cierto sentido, la continuación del misterio de la Encarnación. Efectivamente, el apóstol Pablo decía de la Iglesia que es el Cuerpo de Cristo (cfr. 1 Co 12, 27; Ef 1, 23; Col 1, 24), del mismo modo que Jesús comparaba el «todo» crístico-eclesial a la unidad de la vid con sus sarmientos (cf. Jn 15, 1-5).

De esta premisa se deduce que creer en la Iglesia, pronunciar ante ella el «sí» de aceptación de fe, es consecuencia lógica de todo el «Credo» y, en particular, de la profesión de fe en Cristo, Hombre-Dios. Es exigencia lógica interna del Credo, que debemos tener presente principalmente en nuestros días, en que muchos separan e, incluso, contraponen la Iglesia a Cristo al decir, por ejemplo, Cristo sí, Iglesia no. Esta contraposición, que no es nueva, ha sido puesta en circulación en algunos ambientes del mundo contemporáneo. Por ello, resulta útil dedicar la catequesis de hoy a un examen atento y sereno del significado de nuestro sí a la Iglesia, también en relación con la contraposición apenas mencionada.

3. La lógica del misterio de la Encarnación —sintetizada en ese «Sí a Cristo»— comporta la aceptación de todo lo que en la Iglesia es humano, por el hecho de que el Hijo de Dios asumió la naturaleza humana en solidaridad con la naturaleza contaminada por el pecado en la estirpe de Adán. Aun siendo en absoluto sin pecado, cargó con el pecado de la humanidad: *Agnus Dei qui tollit peccata mundi*. El Padre «lo hizo pecado por nosotros», escribía el apóstol Pablo en la segunda carta a los Corintios (5, 21). Por eso, la pecaminosidad de los cristianos —de quienes se dice, a veces con razón, que «no son mejores que los demás»—, la pecaminosidad de los mismos eclesiásticos, no debe originar una actitud farisaica de separación y rechazo; al contrario, debe impulsarnos hacia una aceptación más generosa y confiada de la Iglesia, hacia un sí más convencido y meritorio en su favor, porque sabemos que precisamente en la Iglesia y mediante la Iglesia esta pecaminosidad se transforma en objeto de la potencia divina de la redención, bajo la acción del amor que hace posible y realiza la conversión del hombre, la justificación del pecador, el cambio de vida y el progreso en el bien, a veces hasta el heroísmo, es decir, hasta la santidad. ¿Cómo negar que la historia de la Iglesia está llena de ejemplos de pecadores convertidos y de penitentes, que, habiendo vuelto a Cristo, lo siguieron fielmente hasta el fin?

Una cosa es cierta: el camino que Jesucristo —y la Iglesia con él— propone al hombre está sembrado de exigencias morales que comprometen a realizar el bien hasta el extremo del heroísmo. Es necesario, por ello, estar atento al hecho de que cuando se pronuncie un «no a la Iglesia» en realidad no se intente escapar a esas exigencias. En este caso, más que en cualquier otro, el «no a la Iglesia» equivaldría a un «no a Cristo». Por desgracia, la experiencia dice que muchas veces es así.

Por otra parte, no se puede menos de observar que, si la Iglesia —a pesar de todas las debilidades humanas y los pecados de sus miembros— permanece fiel a Cristo en el conjunto de sus fieles

y hace que muchos de sus hijos, que han faltado a su compromiso bautismal, vuelvan a Cristo, esto acaece gracias al «poder desde lo alto» (cf. Lc 24, 49), el Espíritu Santo, que la anima y la guía en su peligroso camino a lo largo de la historia.

4. Pero debemos agregar que el «no a la Iglesia» no se basa, a veces, en los defectos humanos de los miembros de la Iglesia, sino en el principio general del rechazo a la mediación. En realidad, hay gente que, aún admitiendo la existencia de Dios, quiere establecer con él contactos exclusivamente personales, sin aceptar ninguna mediación entre su propia conciencia y Dios; de ahí que lo primero que rechace sea la Iglesia.

7. No tenemos por qué maravillarnos al observar que una actitud de autonomía radical produce fácilmente una forma de sometimiento peor que el temido por la «heteronomía», esto es, la dependencia de las opiniones de los demás, de los vínculos ideológicos y políticos, de las presiones sociales, o de las propias inclinaciones y pasiones. ¡Cuántas veces quien cree ser independiente y se gloría de ser un hombre libre de cualquier forma de esclavitud, está sometido a la opinión pública y a la otras formas antiguas y nuevas de dominio del espíritu humano! Es fácil comprobar que el intento de prescindir de Dios, o la pretensión de prescindir de la mediación de Cristo y de la Iglesia, tiene un precio muy alto. Era necesario concentrar la atención en este problema para terminar nuestra introducción al ciclo de catequesis eclesiológicas que ahora comenzaremos. Repitamos hoy una vez más: «sí a la Iglesia», precisamente en virtud de nuestro «sí a Cristo».

JUAN PABLO II, Audiencia General, 24.07.1991

Oraciones de intercesión

P- Agradecidos con Dios, que nos llama y nos conforma como su Iglesia, pidamos que busquemos siempre la unidad, la comunión y el vínculo del amor.

Oremos diciendo: **Concédenos ser tu Iglesia fiel**.

- Pidamos para que participando con alegría del misterio de la Iglesia, seamos uno en ti. *Oremos*
- Para que como Iglesia demos testimonio de tu amor. *Oremos.*
- Por las vocaciones que has suscitado en el seno de tu Iglesia. *Oremos*.
- Por las injusticias que hemos cometido con las hermanas y hermanos, desconociendo en todos ellos tu rostro y alimentando nuestro egoísmo. *Oremos*.

- Por nuestros pecados de omisión, viendo que hay hermanas y hermanos que tienen hambre y no les hemos dado de comer; están desnudos y no les hemos procurado vestido; están enfermos y no les hemos asistido; viven en humildes casas y no les hemos dado un techo seguro. *Oremos*.
- Por nuestra falta de unión con los demás, por lo que muchas veces ha hecho infructuosos los esfuerzos evangelizadores de la Iglesia. *Oremos.*
- Por todos nuestros pecados, por los pecados de todos los hombres del mundo entero. *Oremos*.
- Por quiénes ya participan de la Iglesia celestial. *Oremos*.

P – Concédenos Dios todopoderoso ser miembros dignos de tu Iglesia. Que cada uno ponga al servicio de los demás lo bienes que ha recibido y nos conceda vivir bajo un espíritu auténtico de fraternidad, para que mirando el amor que expresamos, crean plenamente en ti. Por Jesucristo Nuestro Señor.

Oración del Señor

P – Llenos de alegría por ser hijos de Dios, digamos confiadamente la oración que Jesús nos enseñó: Padrenuestro…

Bendición y envío

P – Tú Señor, que has querido que tu Iglesia a través de la tarea evangelizadora vaya poniendo las cimentes del Reino, concédenos a todos los que la conformamos ser administradores de tu multiforme gracia, a fin de que con nuestra vida y obras demos testimonio de ti. A ti que vives y reinas, por los siglos de los siglos.